

¿QUÉ EXISTIA, ANTES DE LOS MITOS?

Psicoanálisis y Mitología griega revisitada.

Lazslo A. Ávila

El Inconsciente es esa porción mítica de nuestra mente, a partir de la cual brotan incesantemente la fuerza viva que nos habita y las figuras que nacen de ella. Asolados por esas pulsiones misteriosas, que en contacto con nuestra psique generan las representaciones con las que nos pensamos a nosotros mismos y pensamos el mundo, vamos viviendo una vida incesantemente cambiante, puesto que continuamente creada. Somos, cada uno de nosotros, una historia. Una historia viva, en continua transfiguración. Somos igual al mito.

Es de la siguiente forma que el gran mitólogo contemporáneo, Mircea Eliade, presenta la relación entre la función mítica y la auto-representación de los hombres:

“El mito cuenta una historia sagrada; él relata un acontecimiento ocurrido en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso del ‘principio’. (Eliade, 1999: 11)

Para el pensador rumano, el pensamiento mítico está en el origen de todos los procesos culturales fundamentales, sea cual sea la cultura de la que se trate. El mito estaría así, en los propios fundamentos de cada sociedad y, muy especialmente, en las llamadas sociedades tradicionales, en las que el mito permanece como una fuerza viva, activa y manifiesta en las incontables manifestaciones culturales, específicas para cada pueblo:

“Los mitos describen las diversas y muchas veces dramáticas, irrupciones de lo sagrado (o de lo sobrenatural) en el mundo. Es esa irrupción de lo sagrado la que realmente fundamenta el mundo y lo convierte en lo que es hoy. Y más aún: es debido a las intervenciones de los Entes Sobrenaturales que el hombre es lo que es hoy, un ser mortal, sexuado y cultural. “(Eliade, 1999: 11)

En esta bella definición, vemos el significado del pensamiento mítico para la construcción de los elementos de auto-representación de lo que es el hombre, cuál es el lugar que ocupa en el Universo, cuál es su relación con la naturaleza, con la divinidad, con los demás hombres, y con el mundo humano como un todo, donde el sexo, la muerte y la supervivencia son factores capitales. El mito es, entonces, una narrativa que busca desentrañar los orígenes de lo que es el humano, y el motivo por el cual él presenta sus características definidoras.

Esto es muy similar a la concepción traída por G. Durozoi, en su Diccionario de Filosofía: “Un mito es un relato fabuloso de carácter más o menos sagrado, que concierne a seres que personifican a los agentes naturales o a los orígenes de una sociedad. En las culturas en que es activo, el mito sirve de referencia justificadora o de modelo. “(Durozoi, 1999: 326)

Pero es necesario distinguir el mito de la mitología: “El primero es principalmente hablado y tiene funciones religiosas; el segundo depende de una narrativa escrita de los mitos, y de su introducción en el universo literario”. (Clément, 1999: 257). Ya, el mito, de acuerdo con É. Clément, representa una: “Narrativa extraordinaria relatando aventuras de dioses, semi-dioses o héroes, ocurridos fuera del tiempo de la historia, sobre el cual, sin embargo, influyen (por ejemplo, los mitos de la formación del mundo o del destino del alma después de la muerte)”. (p.258)

Los mitos tuvieron siempre un importante papel en la organización social, pues aseguraban los vínculos comunitarios, al remitir a todos los miembros a un origen en común. La cohesión grupal es fortalecida, los ritos se desarrollan y, en conjunto con las narrativas, van dando sentido y justificación a los hechos y acontecimientos tanto del mundo natural como del mundo social.

Es el enfoque de Pierre Grimal, considerado uno de los principales investigadores de la mitología clásica:

“El mito, en Grecia, participa de todas estas naturalezas. Tanto se colorea de historia, y sirve de título de nobleza a las ciudades o a las familias, como se desarrolla en epopeya o viene a apoyar, o explicar las creencias y los ritos de la religión. No le es extraña ninguna de las funciones que, en otros lugares, reviste la leyenda. Pero el mito es otra cosa. (...)” La palabra griega que sirve para designarlo se aplica a toda historia que se cuenta, como ya sea al asunto de una tragedia o de una comedia o, incluso a una fábula de Esopo. El mito se opone al *logos*, como la fantasía a la razón, o la palabra que cuenta a la que demuestra. Los logos y los mitos son las dos mitades del lenguaje, dos funciones igualmente fundamentales de la vida del espíritu”, (Grimal, 2000: 17)

Pero muchos mitos del mundo también buscan representar aquello que huye del orden, que lo dilata o lo reinventa, como en el mito griego de Dionisio.

“Dionisio encarna, según la bella fórmula de Louis Gernet, la figura del Otro. Su papel no es el de confirmar y confortar, sacralizándose, al orden humano y social. Dionisio pone ese orden en cuestión; lo despedaza, revelando por su presencia otro aspecto de lo sagrado, no regular, estable y definido, pero extraño, inaprehensible y desorientador. El único dios griego dotado de un poder de maya está más allá de todas las formas, escapa a todas las definiciones, revierte todos los aspectos, sin dejarse encerrar en ninguno. Al modo de un ilusionista, juega con las apariencias, elimina las fronteras entre lo fantástico y lo real. “Ubicuo, no está nunca donde está, está siempre presente, al mismo tiempo, aquí, allá y en ninguna parte.” (Vernant, 1992, págs. 83-4)

Vemos en esa vívida descripción la búsqueda humana por representar lo que aún no está representado, lo que huye del nombramiento, lo que aún no ha ganado significantes, y por eso angustia y demanda por delimitación y configuración. Es en estos mitos que mejor percibimos algo de la razón que llevó a los hombres primitivos a producir sus mitologías: era preciso comprender el mundo, entender y dominar las fuerzas muy superiores a las humanas y que podían decretar vida o extinción, salud o enfermedad, cosechas agrícolas, faltas o carestías y hambre, plagas y epidemias, fenómenos atmosféricos, geológicos o astronómicos. A través de los estudios mitográficos y mitológicos, vemos la importancia y el significado de esa búsqueda por representar lo desconocido. El hombre ancestral procuró representar para conocer; representar para dominar; representar para lograr vivir en un mundo sin sentido.

UNA PERSPECTIVA DISTINTA SOBRE LOS MITOS

En EL 2002, publiqué en la Revista Pulsional un artículo con esa temática, donde exploré los mitos griegos del rey Edipo, de Narciso, de Dionisio, y los correlacioné a sus desarrollos psicoanalíticos, añadiendo algunas ideas sobre los “mitos psicoanalíticos” de la Horda Primitiva, de las Pulsiones y del Inconsciente.

En este artículo afirmé el valor de la apropiación efectuada por Freud de ese riquísimo legado de la tradición oral y escrita griega, que inicialmente a través de los épicos de Homero y Hesíodo, y después mediante las obras notables escritas para el Teatro, las Tragedias y Comedias de Sófocles, Esquilo, Eurípides y Aristófanes, nos alcanzó hasta el presente, habiendo inseminado incontables producciones culturales de Occidente. Sus efectos aún no han cesado. Así como las oportunidades para nuevas inmersiones y relecturas en este acervo tal vez inagotable de representaciones, metáforas y figuras de la imaginación que permiten dar forma a los temores, terrores y anhelos que habitan los seres humanos.

Recordemos, inicialmente, el importante pasaje en que Freud, en el *Tótem y Tabú* (Freud, 1912/1995), discute la permanencia en nosotros de las memorias ancestrales:

“El camino recorrido por el hombre de la Prehistoria en su desarrollo nos es conocido por los monumentos y utensilios que nos legó, por los vestigios de su arte, de su religión y de su concepción de la vida, que llegaron hasta nosotros directamente o transmitidos por la tradición en las leyendas, los mitos y los cuentos, y por las sobrevivientes de su mentalidad, que podemos volver a encontrar en nuestros propios usos y costumbres. Por otra parte, este hombre de la Prehistoria sigue siendo, en cierto sentido, contemporáneo nuestro. “(Freud, 1995: 21)

Repito aquí lo que formulé en aquel artículo del 2002: “La vida es sólo un sueño, dicen los poetas. ¿Quién valorizó más el sueño, que el Psicoanálisis? ¿Quién puso en el sueño más sustancia, más realidad, que el pensar analítico? ¿Dónde fue Freud a buscar su inspiración, sino en el sueño y en el sueño mayor de la Humanidad, sus mitos?

Joseph Campbell expresa maravillosamente esta conexión: “el sueño es una experiencia personal de aquel profundo, oscuro fundamento que da soporte a nuestras vidas conscientes, y el mito es el sueño de la sociedad. El mito es el sueño público, y el sueño es el mito privado.” (Campbell, 1993: 42)

Para el psicoanálisis, desde Freud, la Mitología griega ha representado el gran repositorio donde podemos buscar modelos que organizan descripciones teóricas, sustentan imaginariamente hipótesis, permiten articulaciones con los fenómenos clínicos y aseguran constructos para la investigación metapsicológica. “(Ávila, 2002, p. 10-11)

Hoy quiero dar forma a una nueva “inscripción cruzada” entre los mitos griegos y las categorías del psicoanálisis. En vez de buscar alguno de los muchos mitos griegos aún no explotados y utilizarlo como simbolización para procesos y/o conceptos elaborados por los autores psicoanalíticos; o por el camino inverso, intentar a través de las descripciones teóricas del psicoanálisis procurar dar sentido a producciones elaboradas por los griegos de casi 3000 años atrás, intentaremos y tantearemos un nuevo camino.

Vamos a indagar sobre lo que existía, en la mente humana, antes de la creación de los mitos. ¿Qué procesos mentales, qué pensamientos o proto-pensamientos habitaban las mentes de nuestros antepasados y los llevaron a producir los primeros mitos en todas las culturas? Vamos a adentrarnos al pantano de las dudas, al lugar asolado por monstruos inimaginados, al territorio asombroso de lo que aún no está representado, al dominio del Pre-todo-cosa, del Antes, del Informe.

¿Qué es eso? ¿Será el Ello que Georg Groddeck luchaba por caracterizar, aunque insistiendo en que el Ello del cual se podría hablar no era el Ello propiamente al, de forma mucho más aparecida al Tao que Lao-Tsé desentrañaba en su *Tao te king*, y que no era el verdadero Tao? Veamos cómo Groddeck describía a su Ello:

“El Ello del ser humano comienza - ya que se debe hacerlo comenzar en algún lugar - con la concepción. Él contiene todas las fuerzas que dominan la formación y la vida futura del individuo. La característica marcada de este ente es que resuelve sin cerebro las tareas más difíciles de la vida, y que el cerebro y, con él, también el pensamiento y más el consciente y el yo, son creados por él. “(Groddeck, 1926/1994, p. 189).

Ese Ello groddeckiano, en alemán Das Es, representaba para su creador una hipótesis original, pero de ninguna manera un concepto científico. Él afirmaba: “Y para no ser mal interpretado, debo incluir aquí una rápida observación: ¿por qué hablo de esto, si esto no existe? Esto sucede porque esa ficción, este producto de mi disparatada fantasía de médico, tiene un valor extraordinariamente práctico”. (Groddeck, 1926/1994, pág. 244). Era con base en esta construcción imaginaria que él podía atender a sus pacientes e interpretarlos dando un carácter simbólico a sus síntomas corporales.

Freud reconocía su deuda con Groddeck, haciendo resaltar en su *Yo y el Ello* (1923/1995) que derivó su Ello del Ello de Groddeck.

¿Será entonces el Ello freudiano, sin localización anatómica, constituido de fuerzas y energías, y que posee un «ombigo» que conduce al para siempre incognoscible? ¿Será la Pulsión, esa entidad en el límite entre lo somático y lo psíquico, esa «exigencia de trabajo» que la psique debe atender, y que sólo se deja reconocer al ganar representaciones? ¿O será la “roca biológica”, el “salto misterioso” que Freud tantas veces invocó?

Freud se refiere al Inconsciente y a la Pulsión:

“Antes de proseguir, enunciemos el hecho importante, aunque inconveniente, de que el atributo de ser inconsciente (*Unbewusstheit*) es sólo uno de los aspectos del elemento psíquico, que de modo alguno

basta para caracterizarlo. Hay actos psíquicos de valor (Dignität) muy variables que, sin embargo, concuerdan en poseer la característica de ser inconsciente. El inconsciente abarca, por un lado, actos que son meramente latentes, temporalmente inconscientes, pero que en ningún otro aspecto difieren de los actos conscientes y, por otro lado, si se volviesen conscientes, estarían propensos a sobresalir en un contraste más tosco con el resto de los procesos conscientes. Terminaríamos con todos los mal entendidos si, en adelante, al describir los diversos tipos de actos psíquicos, despreciáramos la cuestión de si son conscientes o inconscientes, y los clasificáramos y correlacionáramos sólo en función de su relación con instintos y finalidades, de su composición y de la jerarquía de los sistemas psíquicos a los que pertenecen. “(Freud, 1915/1995, p. 177)

Obsérvese el rigor del creador del psicoanálisis en su descripción del Inconsciente, y al buscar articularlo al constructo asociado de Pulsión. Freud subraya: “nuestra suposición respecto del Inconsciente es necesaria y legítima (...) porque los datos en la conciencia presentan un número muy grande de lagunas; tanto en las personas sanas como en las enfermas ocurren con frecuencia actos psíquicos que sólo pueden ser explicados por la presuposición de otros actos, para los cuales, no obstante, la conciencia no ofrece ninguna prueba. “(Freud, 1915, 172)

Pero, aunque perscrutemos en sus innumerables trabajos, constataremos que Freud no consideraba ni el Inconsciente, ni la pulsión, ni siquiera el Cuerpo (o soma) como el origen de la mente humana. Su elaborada construcción conceptual en cuanto al aparato psíquico lo caracteriza como virtual, como instancias en interacción y conflicto, energías y representaciones, pero no se encuentra una descripción del origen del pensamiento, o del psiquismo, sino en la “fantasía antropológica” que es el “*Tótem y Tabú*”.

Así, no se trata ni del Ello ni del Id, ni del Yo, ni de la Pulsión. Si es cualquiera de esas cosas, no será lo que buscamos. Buscamos aquí lo que parece ser el Origen, porque llegar, ante todo, al origen ya es algo, pero eso no es. Buscamos ese Algo, que no es un objeto, no es una cosa, no es un lugar, mucho menos una persona, no es una fuerza o energía, no es una fantasía, no es una creación, no es inventado, no existe. Y si no existe, ¿por qué insiste?

¿Será que eso es el “o que será, qué será», como Milton Nascimento y Chico Buarque cantaron? No, porque esa es una canción, un producto cultural, que habla claramente del Deseo. Esto no es deseo, ni deseo de lo que no existe. Ni deseo de no existir. Eso es lo que no es. Esto es algo anterior a la creación.

¿Por qué el hombre crea? Por cierto, ¿por qué crea Dios? ¿Cuál es la necesidad detrás de la creación? ¿Cómo lo que no es puede necesitar algo? La Nada parece no soportar su propia condición. Fecundada de sí mismo. Genera algo para poder mover. Por eso es Verbo -movimiento. Del movimiento viene el resultado -ahora ya es algo, ya existe.

Se dice que al principio era el Verbo. Verbo es acción. Así que al principio Alguien resolvió actuar. Y creó. Ahí ya nada era más nada, pasaba a ser. Deja de ser Nada, pasa a ser lo que es.

Y entonces, de repente, ya estaban los hombres en el mundo. Seres pensantes, curiosos, inquietos, aterrorizados. Pensaron y pensaron y se preguntaron: ¿Por qué lo que es, es? Filosofaron. Pero antes crearon Mitos.

Y los primeros mitos nacieron. Mitos sobre el Origen. Mitos sobre por qué nació todo. Mitos que buscaban entender, explicar, comprender y principalmente, que buscaban hacer hablar, narrar aquella condición humana primordial -no saber. Por eso el Misterio siempre guio los mitos y el mitar -esa palabra no existe, yo la inventé para significar el acto de crear, narrar y oír los mitos. Al mitar al hombre crea su capacidad de generar un mundo psíquico, un mundo cultural. Inventa su propia condición de hombre, hombre que genera el proceso imaginativo-simbólico que es su propia condición pensante, representacional.

Escher, en un famoso diseño, produjo el par de manos que se dibujan a sí mismas. Manos creadoras y manos creadas. El hombre es así -es su propia acción que lo crea como hombre.

Pero es claro que antes él fue creado. Pero lo interesante es que su mente parece nacer de su propio movimiento de pensar. Pensar crea la mente, la mente crea pensamiento. Pero no basta una mente, un

cerebro, necesitan varios, muchos. La mente es un producto de las relaciones entre sujetos. Sin relación no hay mente, no hay pensamiento, no hay ser humano como tal.

Y es necesario hacer historia, sucesión de generaciones, transmisión. Así, el mito nació, ahí se sabe dónde o porque, pero con certeza había relaciones. Uno se cuenta para el otro. Juntos se imaginaron. Juntos se produjeron. Juntos hicieron nacer una imagen, historia o dibujo que pasó a actuar sobre ellos y a llevarlos a imaginar más. A relacionarse más. A preguntarse más. A necesitar de un nuevo cuadro de representaciones donde más y más objetos e imágenes nacían, y un mundo iba siendo generado. Un mundo que desde entonces podía sostenerlos. Mundo-madre. Mundo-padre. Un mundo para desde entonces poder ser considerado su Origen, su religión, su mito fundador.

Esta es una mitología sobre el origen de los mitos. ¿Por qué no podría ser así? La mente humana se necesita. Se entiende. Es con la mente que pensamos la mente. Somos la especie más improbable de la naturaleza. El hombre es un animal que no se acepta. No acepta su naturaleza, porque no tiene propiamente una naturaleza. Tiene una constitución biológica de primate, y un extraño aparato de pensar, con el cual, en conjunto y relación con otros humanos, inventó su condición humana. Creó una naturaleza propia, especial, distinta, mutable, una naturaleza inventada. Y complicada. La naturaleza humana es una contra-naturaleza. Por eso los mitos, casi todos, hablan de esa extraña distancia entre el hombre y los animales. Esta familiaridad y ese parentesco que, sin embargo, siempre se rompen por algún acto. Hay un acto fundador. Con ese acto los hombres tuvieron su Caída, perdieron el paraíso de la integración total con la naturaleza. Fueron expulsados del Edén de la animalidad.

Desde entonces somos hombres. Medio animales, medio dioses. Con una innegable constitución animal, sobradamente demostrada por la Medicina contemporánea, tenemos al mismo tiempo una psique, mente humana que nos habilita a participar (y a crear) Cultura. Seres culturales y no naturales, somos siempre fruto de nuestras condiciones (culturales ...). La cultura es el caldo de cultivo donde se forma la Mente. Mente, pensamiento, psique, Razón, tantos nombres para esa capacidad de representar, concebir, imaginar, y dirigir acciones que transforman el mundo. El mundo que se hace humano y nunca más podrá ser vivido como mundo natural. Un árbol desde hace mucho tiempo no es más árbol -es madera, es escenario, es objeto a ser manipulado, definido, configurado, utilizado y representado como objeto de la mente y la cultura.

¿Qué no decir de los demás hombres? ¿Percibimos a los demás como elementos de la naturaleza? ¡Nunca! Los demás seres humanos son habitantes irremovibles del mundo humano. Esta prisión es ineludible. Nada hay en el lado de afuera de esa fortaleza. Una vez humanos y aculturados, sólo existimos del lado de dentro de la humanidad. Sólo podemos ser humanos, con todos los precios a pagar -y lo principal es afrontar nuestra propia inhumanidad.

Lo que sería de nosotros si fuésemos humanos, indagaba el gran Fernando Pessoa.

Pero no hay posibilidad de no serlo. Somos irremediamente humanos. Y eso implica asumir la pesada herencia de nuestra historia humana -una historia hecha de guerras, de persecuciones, de injusticias, de horrores. Nuestra historia, nuestra memoria compartida, el fondo de nuestras mentes. Afortunadamente también hubo algunos actos grandiosos o humildes, que dieron dignidad y valor a los seres de nuestra especie.

Nada de lo que es humano me es ajeno, le gustaba repetir a Freud, citando al pensador latino Terencio. Por lo tanto, los genios y los criminales, los héroes y los infames, los generosos y los avaros, los capaces de sacrificios y los que explotan a los demás, los altruistas y los egoístas, los artistas y los incapaces, los con mucho y los sin nada, los que nos causan orgullo y los que nos causan vergüenza, todos son como nosotros, todos componen lo que me compone.

Soy hecho de la misma materia que el mejor y el peor ser humano. Lo que yo soy y lo que hago pasa a formar parte del patrimonio común que es el barro con el cual otros seres humanos serán hechos. El suelo común. El contexto y la materia continuamente producidos para que otros seres humanos se nutran y se apropien. El hombre es un venir a ser. Sí, pero es un venir a ser de lo que hace de los demás y de lo que los demás hacen de él.

Así, los mitos son en sí mismos nuestra condición humana. El hombre es un mito de sí mismo. El mundo (humano) es el mito del hombre.

Freud nos mostró, con su poderosa intuición y su esfuerzo elaborativo, que:

1) nuestra infancia es imaginada (construimos la “novela familiar”, con lo que nos representamos a nosotros mismos, con una identidad propia, derivada de un “origen” disfrazado, que nos revela nuestros deseos);

2) nuestro cuerpo es imaginado (nuestras pulsiones modelan nuestro cuerpo-organismo, y lo conforman como “cuerpo erógeno”, nuestras fantasías continuamente lo re-trabajan);

3) nuestras pulsiones son míticas (él decía: “las pulsiones son nuestra mitología”);

4) Las fuerzas que rigen nuestro destino son inefables, pero tremendamente eficaces en su potencia de materializar efectos: Eros y Thanatos;

5) El sexo, la sexualidad, la libido, las zonas erógenas, el deseo, la “satisfacción”, el Falo, la castración, la represión, etc., son todas “representaciones” de procesos simbólicos, y sólo alcanzan sentido en el interior del sistema conceptual que los sostiene;

6) Nuestro Psique es un “aparato”, sin localización anatómica, indefinible pero configurable, con una topología (Yo, Ello, Super-ego), una dinámica (las fuerzas en conflicto que se digladian en su interior) y una economía de energías que en él se encuentran y lo modelan). Toda esta metapsicología es la construcción imaginaria producida por Freud y vivificada por aquellos que la tomaron por “real”: se convirtió en teoría y práctica profesional, y forma parte de la existencia de un número considerable de seres humanos. No sólo forma parte: los modifica.

Psicoanálisis es la Mitología contemporánea (o mejor, una de ellas). Con estos mitos modernos, esos Edipos redivivos, esos Narcisos nuevamente inclinados en sus lagos fatídicos, esos Eros y Thanatos reinando y divirtiéndose a nuestras costas, hacemos nuestras vidas de sujetos inventados, creados y recreados (a veces mal creados) por nuestras propias manos (es decir, por nuestras mentes creativas).

REFERENCIAS

ÁVILA, L.A – Psicanálise e Mitologia Grega. *Pulsional*, XV, 153, 2002, pp. 7-18.

CAMPBELL, J. – *O Poder do Mito*. São Paulo: Palas Athena, 1993.

CLÉMENT, É - *Dicionário Prático de Filosofia*, São Paulo: Terramar, 1999.

DUROZOI, G - *Dicionário de Filosofia*, São Paulo: Papirus, 1999.

ELIADE – *Mito e Realidade*. São Paulo: Perspectiva, 1989.

FREUD, S. – *Totem e Tabu* (1912). Edição Standard das Obras Psicológicas Completas, vol. XIII, pp. 13-162. São Paulo: Imago, 1995.

FREUD, S. – Artigos sobre Metapsicología. *O Inconsciente* (1915). Edição Standard das Obras Psicológicas Completas, vol. XIV, pp. 165-222. São Paulo: Imago, 1995.

GRIMAL, P. – *A Mitologia Grega*. São Paulo: Brasiliense, 1982.

GRODDECK, G. – *O Homem e seu Isso*. São Paulo: Perspectiva, 1994.

VERNANT, J.P. – *Mito e Religião na Grécia Antiga*. Campinas, Papirus, 1992.

Volver a Bibliografía Georg Groddeck

Volver a Newsletter-8

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.